

Presentación de Otras miradas

Jean-Louis Laville

Vivimos en un mundo racista, declara Keith Hart, lo que hace más aceptable la compasión por África que una reflexión sobre su futuro. El mito de la superioridad blanca alimenta una visión apocalíptica, sorprendentemente cercana de aquella que Europa adoptaba en los años 1930 con respecto a China. Sin embargo, convendría retomar la ideología desarrollista adoptada desde los años 1960, tanto por los Estados que accedían a la independencia como por la ayuda internacional. La esperanza de los años 1960 por los Estados que accedían a la independencia fue destruida, con la agudización de las desigualdades al interior y entre las naciones. Los intercambios internacionales han hecho reinar, desde los años 1980, la ley de los más fuertes: gobiernos y empresas. En África, la concentración de riquezas en detrimento del pueblo es tan extrema que llega a parecerse al Antiguo Régimen de Francia justo antes de la revolución liberal. Por esto es que surge el llamado a un cambio del mismo tipo, es decir, a una liberalización que vaya contra las soberanías fragmentadas, las tasaciones injustas y las restricciones hechas a la movilidad de los hombres y al comercio de mercancías. El movimiento económico popular “de abajo” podría salir así de un emplazamiento a lo informal que esté al mismo tiempo protegido del *dumping* internacional. La competencia solo puede tener efectos positivos en espacios regionales que son comparables en el plano de las normas sociales. Y para dar a entender esta posición, África requiere de una coordinación política y de una integración económica ampliada. Aun admitiendo que esté en condiciones de avanzar en esas direcciones, posee desde ya ventajas innegables, entre las que cuentan su baja adhesión al statu quo y su dinamismo cultural.

Si África, según Hart, está en búsqueda de una revolución liberal, para Eli Zaretski Estados Unidos se ha caracterizado por una disensión entre los valores liberales y las desigualdades engendradas por el capitalismo. Mientras el pragmatismo hace prevalecer compromisos para conciliar ambas líneas en un período normal, la izquierda se vuelve indispensable en tiempos de crisis estructural, donde se impone un realineamiento entre los órdenes democrático y económico. El combate entre el liberalismo y la izquierda, aunque también su combinación, se encuentran en el corazón de

la historia americana. El aporte de la izquierda ha sido el de una concepción substantiva de la igualdad, que se puede ver en tres momentos claves: durante la Guerra de Secesión, los abolicionistas dignificaron la igualdad política descalificando la esclavitud; en los años 1930, los socialistas obraron a favor de la igualdad social; y en los años 1960, la nueva izquierda se identificó con la idea de participación igualitaria no solo en la política formal, sino también en la sociedad civil, la esfera pública y la vida personal. Falta aún comprender mejor esta presencia decisiva aunque episódica para saber si la izquierda puede acaso ser llevada a un renacer. Su ausencia, en cambio, significaría mantener la decadencia moral de Estados Unidos.

Recoger las incertidumbres actuales supone también dar un giro hacia perspectivas no occidentales, según lo afirma Yoshihiro Nakano, quien presenta el enfoque del posdesarrollo en Japón. En este país, el productivismo es indisoluble de un centralismo autoritario, cuya crítica, que remonta a finales del siglo XIX, fue sostenida con el movimiento asociacionista cívico de los años 1950 y 1960. Al respecto, Minamata representa un hito que precede al de Fukushima. El menosprecio del que fueron objeto las víctimas de la polución en Minamata llevó a fundar un movimiento caracterizado por cuatro rasgos: la democratización del conocimiento científico, la reinención de la cosmología vernácula, la nueva teoría del “regionalismo” y el fórum del “Plan del pueblo para el siglo XXI”. Por su parte, la catástrofe de Fukushima radicaliza una oposición entre dos modelos de sociedad. Mientras la defensa del productivismo restablece el nacionalismo militarista, el impulso asociacionista toma amplitud a nivel local, presentando al mismo tiempo dificultades para unificarse en un movimiento nacional representativo dentro de una sociedad de hiperconsumo.

La oscilación tratada en la primera parte, entre una concepción diferente del desarrollo y un posdesarrollo sensible, resuena en los capítulos de esta última parte, confirmando que la discusión iniciada no concierne exclusivamente a América Latina ni a Europa. En cada continente, la tensión entre capitalismo y democracia toma configuraciones dependientes de la historia. No obstante, más allá de las singularidades, pueden darse referencias teóricas comunes. Tal es, en todo caso, el sentido del capítulo de Nancy Fraser que cierra este volumen. Al retomar las constataciones formuladas en varios otros capítulos, Fraser recuerda que la autonomización de la esfera financiera respecto de la economía productiva es devastadora. Sus consecuencias medioambientales no pueden seguir siendo ignoradas, ya que alcanzan a la biosfera, tal como se deja constatar con el cambio climático, aunque esto no es todo, pues amenaza igualmente a la reproducción social, que no es sino el trabajo de socialización de los jóvenes, el mantenimiento de valores y significaciones compartidas que

sostiene la existencia de cooperaciones y solidaridades vividas. Fraser añade que la conceptualización de esta conexión entre las dimensiones económica, ecológica y social proviene de Karl Polanyi. El neoliberalismo puede ser pensado como una segunda ola de esta creencia en un mercado autorregulador, que fue analizada en el siglo XIX y que hoy es promovida con nuevos bríos. La contradicción del capitalismo radica en su tendencia a destruir sus propias condiciones de posibilidad, en el sentido de que el sostén de actividades desmercantilizadas parece ser necesario para su funcionamiento, pero solo para usurparlas regularmente con el fin de relanzar su dinámica. La ofensiva periódica a favor del mercado total que le resulta imprescindible es al mismo tiempo insostenible, sin contar con el hecho de que la sociedad la resiste. La descripción de este doble movimiento, por muy pertinente que sea, deja sin embargo subsistir una representación demasiado simple en la cual la "mala economía" chocaría con una "buena sociedad". Ahora bien, las luchas actuales indican que el combate no es un simple duelo entre neoliberales y proteccionistas sociales, ya que los sostenedores de la emancipación constituyen otro polo que plantea el rechazo de la dominación. Se trata de una perspectiva normativa compleja que puede integrar los valores esenciales de cada uno de estos polos, interactuando en un movimiento que ya no es doble sino triple: hay que concebir en conjunto la vigilancia en materia de solidaridad y de seguridad social, la condena de la dominación, tan apreciada por los partidarios de la protección, así como la condena de la dominación inherente a los movimientos emancipadores, sin olvidar la adhesión a la libertad negativa de los liberales.